

Revisitando a John B. Watson y la epistemología inaugural del conductismo

David Antolínez¹

Recibido: 7 de agosto de 2020

Aceptado: 2 de octubre de 2020

Resumen. Las ideas de Watson fueron controversiales en su época, distorsionadas a lo largo del siglo XX y consideradas obsoletas en la actualidad. Sin embargo, una reconstrucción histórica de su obra permite ver una comprensión enriquecida sobre las conductas motoras, las emociones y el lenguaje. Buscando una psicología científica que diera cuenta de todas ellas, Watson articuló una estricta doctrina positivista con una metodología pragmatista. Esta tensión epistemológica no es exclusiva del conductismo metodológico, sino que subyace a la tradición conductista en general. Sin embargo, el debate en torno a la epistemología del conductismo suele considerar ambas posturas como mutuamente excluyentes. Realmente, la conjunción del positivismo con el pragmatismo que realizó Watson le ha permitido al conductismo indagar las cogniciones, el significado del comportamiento y nuevos mecanismos de aprendizaje, además de resonar con la concepción profesional de la psicología aplicada y un proyecto de ingeniería social. La obra de Watson amerita ser reconsiderada con mayor rigor para resaltar con precisión estas continuidades y divergencias en la historia y epistemología de la psicología.

Palabras clave: historia de la psicología – epistemología del conductismo – positivismo – pragmatismo.

Title: Revisiting John B. Watson and behaviorism's inaugural epistemology

Abstract. Watson's ideas were controversial in his day, distorted throughout the 20th century, and considered obsolete today. However, a historical reconstruction of his work allows us to see an enriched understanding of motor behaviors, emotions and language. Looking for a scientific psychology that would account for all of them, Watson articulated a strict positivist doctrine with a pragmatist methodology. This epistemological tension is not unique to methodological behaviorism, but underlies the behaviorist tradition in general. However, the debate around the epistemology of behaviorism often considers both positions as mutually exclusive. Actually, the conjunction of positivism with pragmatism that Watson carried out has allowed behaviorism to investigate cognitions, the meaning of behavior and new learning mechanisms, as well as to resonate with the professional conception of applied psychology and a project of social engineering. Watson's work deserves to be reconsidered with greater rigor to accurately highlight these continuities and divergences in the history and epistemology of psychology.

¹ Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Maestrando en Ciencias Humanas opción Filosofía contemporánea, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

✉ d.antolinez.uribe@gmail.com

Antolínez, David (2020). Revisitando a John B. Watson y la epistemología inaugural del conductismo. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 5(1), 5-25. ISSN: 2525-1198.

(<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/afjor/index>)



Keywords: history of psychology – epistemology of behaviorism – positivism – pragmatism.

1. Introducción

Cuando John B. Watson acuñó el término “conductismo” en 1913 instauró una influyente escuela psicológica. Aunque sus textos se siguen enseñando hoy en día, la opinión general de su obra resalta sólo su valor histórico (Ruíz et al., 2012), pues los avances del último siglo se han distanciado bastante de sus primeras ideas. En contra de esta visión, es importante hacer una consideración histórica y otra epistemológica. Primero, el estudio científico de la conducta es previo a Watson, quien halló inspiración en los mecanismos del aprendizaje descubiertos por Pavlov y Thorndike (Wozniak, 2007). Y segundo, una reconstrucción de los textos de Watson permite ver que su propuesta – bautizada como conductismo metodológico– no es tan diferente a los progresos posteriores en la psicología comportamental (Yela, 1996). La historia oficial de la psicología suele omitir estos puntos por la caricaturización que se ha hecho de Watson, además de la dificultad de la comunidad académica y el público en general de comprender algunas premisas básicas del conductismo (Hurtado, 2006).

En el ánimo de subsanar dichos equívocos, este artículo busca ofrecer una reconstrucción de la articulación de los hallazgos experimentales, las consideraciones metodológicas y los sistemas conceptuales en la obra del fundador del conductismo. Se resaltarán el anhelo de Watson de construir una terminología unitaria para las escuelas psicológicas de su época, su insistencia en adherirse al rigor de las ciencias naturales y sus reflexiones sobre las implicaciones prácticas de la manipulación de la conducta. También se revisará el trabajo de diversos exégetas de Watson, quienes buscan deshacer las distorsiones que otros autores han hecho de su trabajo. Todo esto permitirá vislumbrar de un modo más preciso la epistemología subyacente al conductismo de Watson, una particular articulación entre la doctrina positivista y pragmatista. Por último, se enfatizará que esto, lejos de ser una contradicción, ha sido el motor interno que ha permitido que la psicología comportamental avanzara a lo largo del siglo XX. Como se verá, este trabajo, lejos de ser una apología de las ideas originales de Watson, busca reflexionar en torno a las continuidades y divergencias epistemológicas que se gestaron en los inicios del conductismo.

2. Un retrato de la obra de Watson

a. La conducta animal y el problema de los eventos privados

Las primeras investigaciones de Watson se dedicaron a la psicología comparativa, intentando descifrar procesos psicológicos superiores en los animales. Pero el primer obstáculo que se encontró para una psicología de tal índole fueron los eventos privados: “Insuperables dificultades nos confrontan si intentamos entrar en la mente del animal y ver directamente qué está sucediendo allí” (Watson, 1907, p. 421). ¿Hasta qué punto se pueden inferir procesos mentales a partir de la observación del comportamiento? Buscando soluciones, Watson postula prescindir de la línea que divide al hombre del

animal para superar el antropomorfismo que les adjudica a los animales cualidades mentales superiores. Al emplear el camino inverso – es decir, animalizar al ser humano – la psicología podría comprender mejor las conductas de todo organismo. La observación experimental, decía Watson, era el único medio para el análisis de la conducta, llegando a clamar con ironía “¿Qué es un laboratorio psicológico sin una colección de animales?” (Watson, 1907, p. 422). Sólo siguiendo una estricta metodología experimental se podría realizar una repetición sistemática de ensayos y pruebas que muestren la validez de los resultados. Watson (1913) llegará a afirmar que entre la observación experimental y natural, hay que optar por la primera en virtud del control de variables y reducción de factores intervinientes. En suma, el padre del conductismo prefería la descripción de la empiria a las hipótesis y especulaciones.

Watson también se distanció de las tendencias fisiológicas al afirmar que la forma de entender la mente está en el comportamiento del organismo y no en su morfología. Así pues, el comportamiento debía ser concebido como un proceso evolutivo, interactivo y funcional. Sin embargo, el psicólogo norteamericano sospechaba de los eventos internos como causa de las conductas complejas – por ejemplo, la inteligencia – y remitía a los experimentos de Thorndike para mostrar cómo los organismos sólo aprenden por ensayo y error.² En otras palabras, son las experiencias ambientales y no las facultades endógenas las que posibilitan el aprendizaje de nuevas conductas. Así pues, incluso las conductas aparentemente más complejas son meramente la asociación progresiva de comportamientos más simples. En los experimentos clásicos de Thorndike (1898), los gatos ejecutaban varios movimientos erráticos dentro de su jaula hasta que daban con el mecanismo de liberación. Y sólo tras varias repeticiones el animal lograba asociar la conducta adecuada con el efecto deseado – halar la palanca para salir del encierro. Watson exclama: “¿Qué diferente sería nuestra perspectiva si observáramos *el completo proceso de aprendizaje!*” (Watson, 1907, p. 424; cursiva mía).

Ciertamente se innovaba respecto de la psicofisiología que regía por aquel entonces (Wundt, 1874; Titchener, 1910), pero el punto de quiebre vino con el texto *Psychology as the behaviorist views it*. Allí Watson rechazó cualquier psicología con rasgos mentalistas, especialmente el método introspectivo usado como forma de acceso a la conciencia. Más bien, consideraba que habría que indagar por los efectos de hábitos pasados en las conductas presentes, pesquisar el rango de estímulos que suscitan respuestas y comprender cómo se adaptan los organismos a su ambiente. Aunque hayan pasado más de cien años desde la exclamación “la psicología [...] es una rama experimental y objetiva de la ciencia natural. *Su meta teórica es la predicción y el control del comportamiento*” (Watson, 1913, p. 158), millares de psicólogos siguen vibrando con la promesa de esas palabras. Sin embargo, este manifiesto conductista se extiende excesivamente en su crítica hacia la psicología no científica, siendo más bien breve al exponer los principios de su programa de investigación. Esto ha contribuido a la concepción de Watson como radical y reduccionista (Burnham, 1968). Como bien dice Plazas (2006), la retahíla conductista insiste demasiado en lo que la psicología *no* puede

² Thorndike (1898; 1911) formuló la “ley del efecto”, que rige el aprendizaje por ensayo y error. Aunque él mismo se resistía a adherirse a la propuesta watsoniana, el conductismo hizo bastante buen uso de sus hallazgos.

ser – metafísica, idealista, cognitivista – en vez de centrarse en lo que sí debe ser. Esta actitud no es exclusiva de Watson, sino que se extiende a conductistas posteriores como Skinner (1951), Moore (1981) o Chiesa (1994).

En todo caso, también es posible encontrar algunas interesantes reflexiones epistemológicas de Watson, como por ejemplo, la preferencia por la manipulación, en vez de las descripciones exhaustivas o las explicaciones teóricas:

No estamos interesados – como psicólogos – en obtener todo [datos, información] del proceso de adaptación que el animal como totalidad emplea [...], más bien elaboramos un esquema sistemático para la predicción y el control de la respuesta en general (Watson, 1913, p. 161).

Más adelante, anticipando una postura más pragmatista, se insiste que el control de la conducta homologa la psicología aplicada con la investigación básica:

[...] psicología publicitaria, jurídica, psicometría y psicopatología son a veces llamadas erróneamente psicología ‘práctica’ o ‘aplicada’. Seguramente nunca hubo un peor nombre [...]. Que un psicólogo ‘puro’ diga que no está interesado en las preguntas planteadas en estas divisiones de la ciencia muestra, en primer lugar, que no comprende el objetivo científico de estos problemas y, en segundo lugar, que no está interesado en una psicología que se ocupe de la vida humana (Watson, 1913, p. 166).

Así, Watson sostiene que no existe tal cosa como la observación neutra en un contexto experimental, pues el diseño de cada experimento implica un control previo de las variables a examinar; en este caso, los estímulos que suscitan respuestas en el organismo. Precisamente por esto es que rechaza la dicotomía conductas espontáneas / provocadas, pues siempre que haya una conducta, un estímulo la antecederá. El éxito de la psicología conductista reside en encontrar la mejor forma de manipular las respuestas del organismo alterando los estímulos de su ambiente. En otras palabras, la modificación de la conducta es tanto punto de partida como de llegada.

Por otra parte, el psicólogo norteamericano se pregunta si el conductismo, al tener un objeto y método de estudio diferente al del resto de la psicología, podría devenir una ciencia aparte. Pero él, en vez de querer realizar un cisma, buscaba persuadir a sus colegas para que abandonaran la introspección y adoptasen la sana doctrina conductista.

Nos hemos vuelto tan enredados en preguntas especulativas sobre los elementos de la mente y la naturaleza del contenido consciente, que yo siento que algo está mal con nuestras premisas y los problemas desarrollados a partir de ellas. Ya no hay ninguna garantía de que todos nos referimos a la misma cosa cuando usamos los términos actuales en psicología [...], creo firmemente que en doscientos años a partir de ahora, a menos que el método introspectivo sea descartado, la psicología va a continuar dividida (Watson, 1913, p. 162).

A Watson le generaba pánico la Torre de Babel que era la psicología de su tiempo, pues creía que la ciencia debía tener un lenguaje común. Más adelante, Watson (1916) tratará de traducir otras teorías psicológicas a partir de su terminología comportamental. Curiosamente, aunque en la actualidad la introspección en psicología ya no es el método predominante, en la disciplina persiste un fuerte pluralismo. En parte, la historia juzgó

que la utopía conductista de Watson nunca llegó a concretarse, por lo cual gran parte de sus ideas fueron consideradas obsoletas o francamente erradas. Sin embargo, vale la pena advertir que en el *Manifiesto conductista* Watson (1913) afirma explícitamente que su teoría aún no dispone de los medios metodológicos y tecnológicos para ofrecer una mejor explicación de los eventos privados como el razonamiento, la memoria y la imaginación. Como se verá a continuación, para alcanzar tales metas Watson habrá de salir de su primera postura positivista, adentrándose en terreno del pragmatismo.

b. Conductismo expandido: el tránsito del positivismo al pragmatismo

En muchos aspectos, el gran reto del conductismo metodológico fue comprender desde un punto de vista comportamental los fenómenos ‘mentales’ (Guthrie, 1950). En uno de sus primeros intentos, Watson (1916) trató de acoplar las hipótesis de otras escuelas³ sobre tales fenómenos a su propio programa de investigación. El psicólogo norteamericano buscaba demostrar que sí es posible traducir en la jerga conductista conceptos tales como ‘instinto’, ‘conciencia’ o incluso ‘enfermedad mental’. Pero al querer explicar patologías como la psicopatosis o la neurastenia a partir de la teoría de los reflejos condicionados, Watson encontró dos problemas: 1) la teoría del trauma del psicoanálisis indica una causalidad no secuencial; y 2) el reemplazo de un concepto teórico por la descripción de un fenómeno. Ambas cuestiones son inadmisibles en la postura positivista a la que aspiraba en su *Manifiesto*. Respecto de la primera, Watson hace hincapié en la desapercibida y larga historia de aprendizajes que hay detrás de un libido latente y reprimida. Sugiere que el trauma – un estímulo inicial pretérito – produjo una reacción inmediata, que a su vez generó asociaciones con otras respuestas hasta finalmente llegar al síntoma presente.⁴ Respecto del segundo problema, Watson dice que no busca cambiar una teoría por otra, sino apelar a un fenómeno susceptible de observación – el reflejo condicionado – para dejar de depender de constructos hipotéticos como el de ‘instinto’.

De todos modos, Watson no persiste en su trabajo de ‘traductor’ de teorías, pues creía que la psicología científica debía provenir de la experimentación y no de la reconstrucción conceptual. Por ello dedicó sus siguientes investigaciones a experimentar con conductas complejas: lenguaje, pensamiento y emociones. Es entonces cuando publica dos cruciales artículos: *Conditioned emotional reactions* (1920a) – el famoso experimento de Albert – y el controversial *Is thinking merely the action of language mechanisms?* (1920b). En el primero, aunque Watson permanece fiel al rigor experimental de las observaciones directas, ya empieza a considerar emociones innatas como variables relevantes en el aprendizaje. En el segundo, la doctrina positivista empieza a evidenciar

³ Contrario a lo que se cree, Watson no era detractor del psicoanálisis de Freud; tan sólo consideraba que sus ideas estaban expresadas en términos demasiado abstractos. Después, el padre del conductismo tuvo un debate con William McDougall (1929), quien defendía una psicología basada en instintos e intenciones, no sólo conductas. Eventualmente, los trabajos de Watson fueron de gran influencia para el etólogo Konrad Lorenz, quien pudo estudiar los instintos animales a partir de sus correlatos comportamentales. Así pues, la historia de la relación entre los conceptos de ‘conducta’ e ‘instinto’ tiene muchos más matices de los que usualmente se creería.

⁴ Así el padre del conductismo logra una explicación mecanicista y secuencial sin descuidar la dimensión genética de las conductas. El rol de la causalidad en Watson ha sido examinada en mayor detalle por Romero (2012).

sus carencias para estudiar los eventos privados, por lo cual Watson complementa su metodología con la inferencia pragmática. Antes de revisarlos en detalle, es importante señalar la transformación que tuvo la teoría watsoniana al descubrir la reflexología de Pavlov (1906). Los primeros trabajos del psicólogo norteamericano habían sido continuaciones de los experimentos de Thorndike, quien sostenía que el aprendizaje se daba por ensayo y error. Según la ‘ley del efecto’, una conducta se asocia con su efecto producido, aumentando la probabilidad de repetición si la consecuencia es placentera. Watson no estaba cómodo con ese reducto de subjetivismo en el que un mismo estímulo podía ser considerado placentero por un organismo, pero displacentero por otro. Por ello quedó fascinado con la reflexología, donde se asocian los estímulos que provocan respuestas, independientemente de sus efectos en el sujeto. Recuérdese, verbigracia, el trabajo de Pavlov: el perro saliva en presencia de la carne, si se presenta la carne y un estímulo adicional – el sonido de las campanas – se produce una asociación y, eventualmente, el perro salivará con dicho sonido aunque la carne esté ausente.

Esto le supuso a Watson diferenciar entre conductas innatas y aprendidas, afirmando que las primeras son herencia filogenética y las segundas son el resultado del aprendizaje ambiental.⁵ Ello condujo al estudio del desarrollo psicomotor y emocional en infantes (Watson, 1920a).⁶ Al determinar que las tres emociones innatas eran el miedo, la ira y el amor, el psicólogo norteamericano buscó usarlas como base para el aprendizaje de nuevas conductas. La importancia del experimento de Albert – quien adquirió miedo a las ratas – está en la demostración experimental de que incluso las emociones se rigen por las leyes del aprendizaje. Al final Albert fue sacado del laboratorio antes de que se deshiciera la reacción emocional que se había condicionado. Aquí emerge una preocupación ética respecto a la modificación de la conducta, sus verdaderos alcances y legitimidad:

Hubo considerables dudas respecto a nuestro rol en el intento de instaurar reacciones de miedo experimentalmente [...]. Decidimos llevar a cabo el ensayo, consolándonos con la reflexión de que dichas asociaciones se asentarían de todos modos tan pronto como el niño dejara el protegido entorno de la enfermería y llegara al escabroso hogar (Watson, 1920a, p. 3).

Esta firme convicción de que el contexto es el responsable último del aprendizaje serán las bases del determinismo ambiental que Watson habrá de defender en sus últimos escritos.

En todo caso, lo crucial del experimento no radica en que Albert aprendiera a temerle a la rata, sino en el hecho de que ese miedo se generaliza a otros objetos con características semejantes – un conejo, un perro o un abrigo de piel – y que esta reacción persista en el tiempo. El poder del condicionamiento es tal que el hábito adquirido queda profundamente arraigado en el modo en que los organismos interactúan en distintos entornos. Es precisamente la interrupción abrupta del experimento la que revela las propiedades del ambiente para modificar conductas: “Estos experimentos parecen

⁵ La disyuntiva innato / adquirido ha sido de especial relevancia para la psicología y, en el contexto de Watson, estos dilemas cobraban especial agitación gracias a las ideas eugenésicas de Goddard y otros (González, 1993).

⁶ Es notoria la similitud de estos trabajos con las primeras ideas de Piaget (1936/1969). No se suele resaltar lo suficiente los aspectos genético-evolutivos de la teoría de Watson.

mostrar conclusivamente que las respuestas emocionales condicionadas persisten [...]. Nuestra opinión es que ellas persisten y modifican la personalidad a lo largo de la vida” (Watson, 1920a, p. 12). Así pues, para Watson, el rol de la psicología no es otro que el de guiar el intercambio organismo-ambiente en aras de la adaptación del primero. Estos hallazgos infunden de optimismo a Watson, pues si su programa conductista es capaz de dar cuenta de las emociones, bien podría hacer lo mismo con el lenguaje. Si triunfa, avanzaría más que ninguno otro antes en la ardua tarea de convertir a la psicología en una ciencia natural.

En su segundo artículo de 1920, Watson plantea que el pensamiento es una conducta que se expresa en comportamientos verbales implícitos, principalmente el lenguaje subvocal. Ya que estas acciones no son accesibles a la observación es necesario el auxilio de herramientas que las registren o hagan visibles. Watson señala, puntualmente, que la acción motora de la laringe es la causante del lenguaje y pensamiento; los cuales considera, siguiendo el espíritu pragmatista de James (1890), homólogos. Ante la ausencia de herramientas de medición, Watson diseña un ingenioso método para que la conducta verbal devenga evento público: pedirle a los sujetos experimentales que ‘piensen en voz alta’. Este hablar externalizado está presente en muchísimos casos, especialmente cuando los individuos procuran resolver un problema de cierta dificultad. Por esta vía, Watson encuentra una similitud entre la conducta verbal y el aprendizaje vía ensayo y error, pues mientras el sujeto “habla en voz alta” resolviendo un problema, despliega los mismos movimientos azarosos que las ratas en los laberintos: vacilaciones, falsos inicios, regresos ocasionales y reacciones emocionales. Watson considera que esto demuestra que no existe el pensamiento conceptual como facultad autónoma que oriente la solución de problemas, ya que todo razonamiento es asociación de estímulos o respuestas concretas.⁷

Sin embargo, esta formulación del lenguaje-pensamiento como red de reflejos simples levantó dos objeciones: la primera se refiere a las dificultades de la operacionalización de los procesos mentales en términos conductuales, mientras que la segunda denuncia la falsa analogía entre evento físico y psíquico en la que se basa dicha operacionalización. La primera es una crítica metodológica, que muestra la insuficiencia de la observación de conductas motoras. La segunda es una crítica epistemológica, pues se considera injustificado homologar conductas motoras y conductas mentales; incluso dentro de las últimas, resulta dudoso si el lenguaje y pensamiento son de la misma naturaleza. Es importante revisar cómo Watson resuelve estas réplicas, pues al aclarar si lo ‘psicológico’ *se infiere del comportamiento*, o *si es conducta en sí misma*, realiza un sutil pero relevante desplazamiento epistemológico. En otras palabras, el conductismo metodológico debe incorporar el recurso de la inferencia del pensamiento vía lenguaje – algo propio del pragmatismo – para complementar su episteme positivista.

La primera crítica proviene de Titchener (1914), quien reconocía las bondades del método experimental, pues bastaba para explicar la conducta, pero no la mente. Tal como

⁷ “Uno de mis primeros pasos que tuve en la psicología estructural fue sobre los conceptos e ideas generales. Antes de tornarme al conductismo ya había llegado a la conclusión de que tales cosas no tienen sentido. Todas nuestras respuestas son, definitivamente, acciones particulares” (Watson, 1920b, p. 101). Este rechazo por las ideas universales y la preferencia por lo singular es una reformulación psicológica del empirismo de Berkeley.

lo veía Titchener, cuando un conductista elegía un proceso psicológico inobservable se enfrentaba al dilema de ignorarlo para limitarse a la conducta motora o tratar de operacionalizar los datos del proceso mental en términos comportamentales vía traducción. En el primer caso, eventualmente se concluirá que el conductismo y la psicología son disciplinas distintas con objetos de estudio diferentes. Pero en el segundo, aunque la traducción conducta-mente sea posible, ello muestra que la experimentación necesita el complemento de la introspección para obtener los datos de la conciencia. ¿De dónde provienen los datos de la mente si no es primero de la introspección, datos que después se reformularían como comportamientos? En suma, para Titchener es necesaria una metodología doble, ya que se está tratando con dos tipos de datos psicológicos diferentes que no pueden compararse directamente. Nótese, en todo caso, que Titchener tampoco explica cómo se daría dicha traducción al articular la introspección con la experimentación.

Watson replica que el conductista se dedica únicamente a la observación de datos empíricos, sin implicar su subjetividad en la percepción, registro y sistematización.⁸ Así, no hay tal cosa como una traducción del contenido de la conciencia en terminología comportamental, sino la ardua búsqueda de hacer explícita la conducta implícita. El padre del conductismo señala que ambas son de la misma naturaleza, por lo cual no hace falta ningún intermediario que haga inteligible la una en términos de la otra. La diferencia solamente es una cuestión de accesibilidad. La misión no es descifrar los datos mentales para expresarlos en lenguaje comportamental, sino hacer que los eventos privados devengan públicos. Empero, esto no siempre puede realizarse de un modo directo, por lo cual el psicólogo conductista deberá *inferir* los primeros a partir de los segundos:

¿Cómo se llega al concepto de pensamiento implícito? La respuesta es que, actualmente, sólo se puede llegar a él usando la *inferencia* lógica. En esos casos donde la respuesta al estímulo no es inmediata pero en los que finalmente ocurre alguna forma de comportamiento verbal o manual explícito, es seguro *suponer* que algo está sucediendo y que tal cosa seguramente no es distinta en esencia de aquello que acontece cuando el comportamiento es explícito [...]. Solamente porque no hay observación de comportamientos ocultos para el investigador no nos da derecho de asumir que haya un proceso inusual o diferente (Watson, 1920b, p. 95; cursiva mía).

Como buen empirista, Watson insiste en mantenerse en el terreno de lo observable, pero ante la dificultad de los eventos privados, le abre la puerta a la inferencia como complemento a la observación experimental.⁹ Es cierto que la inferencia lo salva de la dificultad de la traducción, pero cuando hay suposición de conductas empíricas ya no es posible afirmar que el conductismo se atiene exclusivamente a la observación de datos

⁸ En este sentido, Watson decía que una máquina capaz de registrar y procesar datos, podría hacer la misma labor del psicólogo; queda la duda de si tales datos requieren cierta interpretación o mero procesamiento. La relación entre conductismo y los desarrollos de la inteligencia artificial ha sido compleja y poco armónica (Clavijo, 2006).

⁹ En todo caso, esta concesión no es hecha de buena gana. Watson prefiere las inferencias pragmáticas como medidas provisionarias antes que caer de nuevo en la introspección o recurrir a las especulaciones teóricas.

empíricos. Esto, como se elaborará más adelante, es un desplazamiento desde una perspectiva positivista a una pragmatista (Zuriff, 1985).

La segunda crítica a la teoría watsoniana del pensamiento proviene de otros psicólogos estructuralistas¹⁰ que afirman que el hecho de que los procesos mentales se relacionen con la conducta motora no significa que sean de la misma clase. El pensamiento es accesible gracias a la conducta verbal, pero no es lícito suponer que son iguales. Así, la inferencia de los procesos mentales a partir del habla externalizada omite el acto que transforma pensamiento a palabras. Y en tanto tal proceso de intermediación es, a su vez, otro evento privado, la observación comportamental no puede dar cuenta de ella. Esta crítica despierta en Watson una respuesta vehemente, quien reclama que sus contrincantes intentan reintroducir el dualismo en las teorías psicológicas al insistir en que los eventos privados son tan disímiles de los públicos que no pueden tener una comunicación directa. Watson insiste, en cambio, que las conductas explícitas no cambian de naturaleza al volverse implícitas, tan sólo dejan de ser observables. Pero esto no parece ser suficiente para convencer a sus rivales, quienes consideran que el esquema estímulo-respuesta no es adecuado para los eventos privados, pues estos no sólo se ven influenciados por variables distintas a los estímulos ambientales, sino que intervienen entre ellas mismas independientemente del entorno. En breve, no se puede inferir una correspondencia entre lo que el sujeto hace con lo que dice y entre lo que dice con lo que piensa.

Por su parte, Watson sostiene que la psicología no puede estudiar el fenómeno del pensamiento *per se*, pues tal cosa no existe en aislamiento. Lo que sí puede examinar son las conductas concretas con las que un sujeto *particular* resuelve problemas; lo cual marca una preferencia por un enfoque ideográfico.¹¹ Entonces el psicólogo norteamericano ofrece una curiosa ilustración: un conductista analiza los múltiples movimientos de un golfista para describir el modo en que juega, predecir su comportamiento y, eventualmente, intervenir en su desempeño. ¿Estaría estudiando el 'golf' como juego en sí mismo? No. ¿Es posible examinar tal cosa? Tampoco, pues el golf no es una sustancia ni idea universal susceptible de estudio científico. Pero Watson continúa con su experimento mental diciendo que si un marciano observase remotamente a miles de golfistas, podría sistematizar el cúmulo de análisis para escribir un libro de reglas y técnicas generales sobre este deporte. ¿Este hipotético libro sería lo suficientemente aproximado a los manuales sobre golf en la tierra? Sí. Lo mismo podría decirse de las funciones psicológicas, concluye Watson, las cuales no existen por fuera de cada organismo y entorno singular.

Watson cree haber defendido su teoría de ambas críticas, pero no se percata de la sutil diferencia entre la relación de inferencia y de equivalencia entre conducta y procesos mentales. En el primer caso, si los eventos privados no pueden hacerse públicos de forma directa, el acudir a la inferencia como complemento metodológico de la observación comportamental permite el reingreso de la suposición y la especulación por parte del

¹⁰ Pear, Barlett y Smith, participantes de un simposio en Oxford (1920). Las fuentes originales no fueron registradas, por lo cual solo es posible contar con lo reportado por el mismo Watson.

¹¹ El enfoque ideográfico es un abordaje metodológico que, de forma opuesta al enfoque nomotético, se basa en la descripción intensiva de variables concretas que influyen en la experiencia particular de cada sujeto (Allport, 1937).

investigador. Pero si se insiste en que la diferencia entre un contenido y otro es simplemente de accesibilidad, como en el segundo caso, la inferencia no sería la herramienta adecuada en tanto no permite que los eventos privados devengan públicos. En otras palabras, inferir las conductas no observables del sujeto no es lo mismo que desvelarlas. Ante el problema del lenguaje, Watson (1920b) está dispuesto a dar este paso hacia el pragmatismo y permitir que datos no empíricos sean tratados como tales, siempre y cuando no se crea que el contenido mental es de una naturaleza distinta a la comportamental.

Este gesto de complementar observación directa con inferencias lógicas es un desplazamiento epistemológico, pues se argumenta a favor de la utilidad de los métodos no experimentales – habla externalizada, inferencia – para explorar el lenguaje-pensamiento, pero después se sostiene que sólo se deben considerar los fenómenos particulares y observables. En un primer movimiento, Watson adopta una actitud más próxima al pragmatismo,¹² pero de inmediato hace un llamado al rigor positivista. Es decir, está dispuesto a especular sobre los eventos mentales, siempre y cuando no se le otorgue un estatuto de ideas generales o facultades autónomas. Esto, si bien no es del todo incompatible, tampoco es fácil de articular. Los datos obtenidos a partir de la observación directa no pueden tratarse del mismo modo que los datos obtenidos a partir de la inferencia. El conductismo de Watson enfrenta en este punto específico una metodología doble con una visión monista del comportamiento. Ciertamente la tarea de comprender el lenguaje y el pensamiento hace que el padre del conductismo vaya más allá de lo que había previsto en su *Manifiesto*, donde se sostenía que la observación experimental era el único medio posible y suficiente para que la psicología fuera una ciencia natural. Vale la pena aclarar que esto no supone, en modo alguno, una inconsistencia o una contradicción lógica, sino que pone de manifiesto que las mismas premisas epistemológicas son móviles, pues a medida que la investigación empírica avanza en el tiempo, estas deben re-articularse para poder posibilitar nuevos descubrimientos y desarrollos.

Esta epistemología híbrida del conductismo metodológico no suele ser demasiado reconocida en la literatura especializada por dos razones: 1) desafortunadamente, se han caricaturizado tanto las ideas del padre del conductismo que son pocos los interesados en comprender la epistemología subyacente a su teoría; 2) en cambio, los exégetas del conductismo que sí realizan tal labor suelen inclinarse asimétricamente por una de estas posturas epistémicas. Así, algunos le reprochan a Watson no haberse emancipado del dualismo (Moore, 1989; Clavijo, 2006) o, al contrario, de omitir los procesos propiamente psicológicos (Hart & Kritsonis, 2006). En otras palabras, para algunos, Watson es demasiado flexible con su tratamiento de los eventos privados, mientras que otros lo consideran demasiado estrecho. Esta cuestión se retomará en los apartados finales, considerando que sólo desde una perspectiva pluralista y simétrica se le puede hacer justicia a la riqueza teórica y metodológica de Watson. En todo caso, aunque esta

¹² Brewer (1991) señala que el pragmatismo de Watson es una herencia de sus clases con John Dewey y lecturas de William James (1890). Sus principales tesis son la homología entre lenguaje-pensamiento, la concepción del conocimiento como tecnología en vez de representación, la preferencia por las intervenciones sobre la conducta a su descripción y el admitir como prueba – además de la evidencia empírica – las suposiciones y las inferencias.

conjunción positivismo-pragmatismo es bastante clara en la explicación comportamental del lenguaje, este es un rasgo transversal al conductismo metodológico. Ya se había exhibido cómo Watson, al considerar homólogas la investigación básica y aplicada, tiene una concepción de verdad fuertemente inclinada hacia la utilidad. Y, como se verá a continuación, la vena pragmática se hará aun más fuerte en las últimas obras de Watson sobre la manipulación de la conducta social.

c. El proyecto de una ingeniería social conductista

En sus textos tardíos, Watson deja entrever algunas intuiciones sobre cómo debería ser el desarrollo de la psicología en sus contextos sociales, tanteando el modo en que el determinismo ambiental deviene un tipo de ingeniería social. Aquí, nuevamente se puede evidenciar una adherencia a los principios positivistas, pero con unas metas ulteriores que resuenan más con la concepción pragmática de la ciencia. Por ejemplo, *Behaviorism: the modern note in psychology* inicia con un fuerte rechazo a la metafísica, considerada residuo de épocas primitivas. Entre todas las disciplinas, la psicología es la que más dificultades ha tenido en convertirse en ciencia por lo arraigada que está la idea de ‘alma’:

Un ejemplo de tal concepto [supersticioso] es que todo individuo tiene un alma. Este dogma ha estado presente en la psicología humana desde la antigüedad. Nunca nadie ha tocado el alma, la ha visto en un tubo de ensayo o se ha relacionado con ella del mismo modo que con otros objetos de la experiencia cotidiana (Watson, 1929, p. 13).

Más allá del fuerte empirismo de su retórica, Watson acierta al resaltar lo difícil de hacer ciencia con un ente tan evanescente. También recuerda cómo Wundt inaugura el primer laboratorio de psicología experimental en 1879, pero sólo sustituye ‘alma’ por ‘conciencia’; un objeto menos místico pero igual de inasible. La única psicología científica posible, el conductismo, debe enfocarse en el estudio de la adquisición de hábitos, la interacción estímulo-respuesta y la adaptación de los organismos a sus entornos; todos ellos fenómenos empíricos.

Precisamente en su último libro, *Behaviorism*, Watson (1930) ubicará el énfasis en la adaptación del sujeto al ambiente, restándole importancia a los estímulos bioquímicos del organismo, buscando extirpar cualquier internalismo de la psicología. También se sostiene que el conductismo como programa de investigación no es un sistema teórico que busque reemplazar a las escuelas psicológicas pre-existentes, sino una exhaustiva aplicación de criterios metodológicos. En otras palabras, Watson no quiere ser uno más dentro de la Torre de Babel de la psicología, sino el constructor de una tecnología que intervenga la sociedad modificando a la par entornos y organismos. Que los filósofos y teóricos se desgasten en discusiones bizantinas, pero que los conductistas se alineen con el espíritu pragmatista. Por ejemplo, el controversial libro *Psychological care of infant and child* (1928) incluía pautas de enseñanza para los padres, tales como evitar el exceso de demostraciones afectivas y estimular que los niños lidien con sus errores solos; en suma, tratar al infante como un adulto pequeño, para que aprenda más rápido a comportarse como tal. Watson (1930) no veía como ilegítimo que la psicología tuviera aplicaciones en

la crianza familiar, la educación y el trabajo, pues la conducta humana ya estaba prescrita y modificada por instancias sociales y culturales de todos modos:

Permítanme enfatizar el hecho de que la sociedad comienza a prescribir comportamientos desde la infancia [...]. Presumiblemente no es la función del conductista discutir si estas prescripciones son ayudas u obstáculos para el ajuste del individuo. Pero el conductista trabaja bajo los mandatos de la sociedad y, en consecuencia, está dentro de su procedencia decirle a la sociedad 'si decides que el organismo humano debe comportarse de esta manera, debes organizar situaciones de tal o cual tipo' (Watson, 1930, p. 7).

No sólo aquí está presente la actitud pragmatista que no reconoce diferencia entre descripción y prescripción – algo insólito para el positivismo –, sino que Watson posee un entusiasmo tal por la intervención social de las conductas que llega a expresar infamemente:

Denme una docena de bebés sanos, bien formados y mi propio mundo para criarlos y garantizaré tomar a cualquiera al azar y entrenarlo para que se convierta en cualquier tipo de especialista: médico, abogado, artista, mercante y, sí, incluso mendigo y ladrón, independientemente de sus talentos, tendencias, habilidades y raza (Watson, 1930, p. 82).

Era de esperar que se levantara controversia ante tales declaraciones. Pero de ahí a retratar a Watson como un fanático del control y simpatizante del autoritarismo, es un franco error (Skinner, 1959). Además, nótese que este libro fue la última producción académica de Watson, quien después de salir de la Universidad John Hopkins, trabajó como publicista en Nueva York. Quizá, en resonancia con sus ideas, el padre del conductismo quería que sus acciones tomaran el lugar de sus palabras (Brewer, 1991). Los aportes de Watson a la psicología fueron polémicos pero decisivos, aunque sus émulos no siempre hayan sabido comprender sus provocadoras ideas.

3. El debate en torno a Watson

Como se afirmó anteriormente, reconstruir las discusiones sobre el conductismo metodológico es una empresa que debe sortear las caricaturas de Watson. Pero también emergen otras dificultades si se quiere profundizar en la comprensión epistemológica del conductismo en general. Por un lado, la mayoría de los investigadores que revisan las ideas de Watson, lo hacen desde la lectura particular de Skinner, siendo pocos los exégetas 'watsonianos puros'. Y, por el otro, los autores interesados en la epistemología se debaten entre una caracterización del programa, ora positivista, ora pragmatista, asumiendo que estas posturas son mutuamente excluyentes. También hay quienes defienden una suerte de epistemología conductista *ad hoc* (Hebb, 1980; Chiesa, 1994). A continuación se hará un breve recuento de esta discusión y se defenderá el argumento de que en el conductismo de Watson co-habitan consideraciones de ambas doctrinas. Aun más, es gracias a esta deseable tensión epistemológica que el programa conductista trascendió a su creador y le permitió a autores posteriores desarrollar sus tesis.

a. Los exégetas de Watson

Un renovado interés por Watson se produjo en 2013 con el centenario de su *Manifiesto conductista*. Algunos comentaristas, más allá de repetir las consideraciones metodológicas de este texto, han buscado resaltar el interés del padre del conductismo por la ingeniería social y su postura frente a la teorización en la psicología. Por ejemplo, Ardila (2013) recuerda la cercanía que tenía Watson con James y Dewey para enfatizar su postura pragmatista y cómo esta se articulaba con un darwinismo extendido a la esfera social de la humanidad. Otros autores como Hart y Kritsonis (2006) y Polanco (2010) se lamentan que el programa de Watson, en vez de haber unificado la disciplina, se hubiera convertido en un paradigma más. En este sentido, Wozniak (1997) recuerda que la propuesta de una psicología natural ya había sido anticipada por Galton y Thorndike, quienes, a diferencia de Watson, no estaban dispuestos a descartar del todo la idea de conciencia. También señala que el conductismo no fue muy popular mientras el psicólogo norteamericano seguía desempeñando cargos académicos. Más bien, los textos pedagógicos de Guthrie (1921) y los novedosos desarrollos de Mead (1922) fueron las obras que llamaron la atención de las nuevas generaciones de psicólogos. Además, Peña (2014) destaca la ambivalencia de Watson frente a los eventos mentales, la cual lo condujo a la resolución – no muy convincente para algunos – de que “emociones, sentimientos, pensamientos, recuerdos y conciencia son distintas formas de conducta” (Peña, 2014, p. 2).

Por otro lado, la cercanía del determinismo ambiental con la ingeniería social ha sido ampliamente discutida. González (2009) sitúa la teoría de Watson históricamente para contrastarla con la de Henry Goddard, psicólogo eugenista que aplicó test psicométricos en la Isla de Ellis para regular la inmigración. En este panorama, el determinismo ambiental no es tanto una omisión de factores biológicos, sino una respuesta ante las tendencias innatistas de aquel entonces. Sin embargo, esto representa un problema conceptual, pues Watson se aproxima a ciertas ideas lamarckianas al postular la maleabilidad de la conducta y la morfología gracias al ambiente. González considera que la psicología conductista contribuyó a la construcción del ‘sueño americano’ con la premisa de que cualquiera, sin importar su lugar de origen, puede ascender socialmente. Estas ideas, de apariencia progresistas, no dejan de resultar contradictorias con algunos valores tradicionales que promulgaba Watson.¹³ Por ejemplo, Rakos (2013) señala que pese a la fuerte prosa de emancipación social a través de la psicología científica, Watson abandonó la experimentación rigurosa en los últimos años y se desempeñó como publicista. Después, a mediados del siglo XX, el conductismo perdió credibilidad por no haber cumplido las promesas de crear una ingeniería social que aumentara la calidad de vida (Mackenzie, 1977). Además, puesto que este programa estaba más enfocado en controlar las conductas que en clasificarlas, resultó disonante con la burocracia y los estados de bienestar de aquel entonces. Por ello, recién hasta la llegada del neoliberalismo y la tecnociencia el conductismo gozó cierta renovación (Danziger, 1990).

¹³ González (2009) recoge unos escritos misóginos poco conocidos de Watson que proponen una crianza por parte de las mujeres mayores, mientras que las jóvenes deberían ser usadas sólo para la reproducción.

Finalmente, se han criticado fuertemente dos puntos de la teoría watsoniana: la concepción molar de la conducta y el rol de la causalidad en el esquema estímulo-respuesta. Pellón (2013) contrasta la perspectiva analítica de Watson con la propuesta sintética de Wertheimer, pionero de la psicología de la Gestalt. El primero descompone las conductas complejas en estímulos y respuestas simples, mientras que el segundo concebía los fenómenos psicológicos de un modo unitario. Para el conductismo los procesos mentales complejos solo diferían cuantitativamente de los simples, mientras que la psicología de la Gestalt enfatiza el cambio cualitativo entre las partes y la estructura. El hecho de que neoconductistas como Hull, Tolman y Skinner prefirieran este abordaje molecular muestra que las ideas de Watson eran consideradas demasiado reduccionistas incluso por sus seguidores en Norteamérica. Romero (2012) resalta que este mecanicismo de Watson permitía establecer leyes causales y esquemas de fácil aplicación. Esto último es de especial interés para el conductismo metodológico que, como ya se vio, priorizaba la producción de tecnología a la construcción de teorías explicativas. Puesto que el determinismo ambiental juega un rol tan importante en el conductismo, es importante aclarar el tipo de relación que hay entre un estímulo y una respuesta. Si bien para Watson aquí hay una causalidad lineal, otros han propuesto una relación de retroalimentación o han incluido otros factores ambientales (Kantor, 1958; Bandura, 1977). En todo caso, la interacción individuo-ambiente, ya sea vista de forma simple o compleja, sigue siendo tanto el punto de partida como de llegada del conductismo.

b. Desembarazando a Watson de la sombra skinneriana

Desafortunadamente, los exégetas de Watson son minoritarios frente a los post-skinnerianos quienes han contribuido a la distorsión de las tesis del conductismo metodológico. De hecho, el origen del malentendido está en la misma interpretación que hace Skinner sobre Watson: “[el conductismo metodológico] podría ser concebido como una versión psicológica del positivismo lógico” (Skinner, 1974, p. 16). Skinner, en aras de diferenciar su propuesta de los trabajos de Watson, tomó distancia del condicionamiento clásico de Pavlov, volvió a aceptar la introspección para dotar de significado a la conducta y abogó por un método inductivo radical. Skinner consideraba que el conductismo metodológico era implícitamente mentalista al aceptar factores que median entre los estímulos ambientales y la respuesta motora.¹⁴ Esta lectura ha sido la dominante en la tradición conductista, aunque también ha sido debatida. Kitchener (2004) recuerda que Skinner llegó a Watson a través del primer Russell, lo cual hizo que asimilara el conductismo con positivismo lógico. Realmente, los vínculos del filósofo británico con Watson no fueron más que un simple “coqueteo intelectual” (Kitchener, 2004, p. 226), ya que Russell (1927) buscaba una teoría del significado que el conductismo metodológico no podía ofrecer. Además, es importante señalar que Watson tenía una fuerte convicción en la objetividad de las observaciones directas, mientras que algunos neopositivistas consideraban necesario incluir el rol de los consensos intersubjetivos y los sesgos

¹⁴ Clavijo (2006), siguiendo con esta idea, describe al conductismo metodológico como una ‘psicología de la caja negra’. Esto, en todo caso, es una mala lectura de Watson, quien nunca aceptó factores mediacionales desconocidos.

cognitivos en la elaboración de teorías científicas (Sierra, 1986). Así, Skinner también deambula en el espectro positivismo-pragmatismo indicado previamente.

Polanco (2010) aclara que la primera generación de conductistas eran meramente Watson y Lashley, quienes compartían las mismas premisas, mientras que, en cambio, la segunda generación se disgregó por sus diferencias epistemológicas y conceptuales. Por ejemplo, Skinner se distanció de Tolman y Hull, quienes buscaban integrar cognitivismo y conductismo; por no mencionar la propuesta posterior de Bandura (1977). Este es el inicio en el debate entre positivistas y pragmatistas, quienes no veían con buenos ojos el carácter híbrido de las ideas de Watson. De hecho, este repudio es uno de los pocos puntos en común que tenían todos estos neo-conductistas. Y, sin embargo, Plazas (2006) y Fuentes (2011) señalan que, más allá del supuesto mentalismo de Watson, varios autores posteriores comparten la ambivalencia entre admitir o excluir los eventos privados en el análisis de la conducta. Además, Pérez y Peña (2011) afirman que pocos recuerdan que todo el linaje conductista bebe del fructífero *continuum* entre bestia y hombre que inauguró Watson en psicología. Asimismo, Posso (2018) muestra que, ya sea en la propuesta skinneriana o watsoniana sobre el lenguaje, el conductismo no puede evitar complementar la observación directa con inferencias, suposiciones o introspecciones. El lenguaje, talón de Aquiles de todos los conductistas, los obliga a abandonar el seguro terreno de la descripción de fenómenos observables, adentrándose en terrenos más pragmatistas.

Para comprender mejor por qué los autores posteriores a Watson buscaban con ahínco purificar su epistemología, aun cuando ellos mismos apelaban a recursos tanto positivistas como pragmatistas, conviene retomar la reflexión de O'Donohue et al. (1998), Callaghan y Ruckstuhl (1998) sobre los malentendidos y rechazos que han despertados las premisas conductistas. Usando la noción de Bachelard (1934) de 'obstáculo epistemológico', ellos sostienen que ha habido gran dificultad en asimilar las implicaciones del determinismo ambiental. En Occidente está demasiado arraigada la creencia en la mente y el libre albedrío, nociones amenazadas por los programas de manipulación de la conducta. Esto sucede incluso al interior de la comunidad científica, ya que la literatura especializada cae en "uno de los malentendidos más enraizados en la psicología, que consiste primordialmente en asociar el conductismo metodológico con la postura skinneriana" (Hurtado, 2006, p. 324). Por su parte, Yela (1996) afirma que muchas de las críticas al conductismo metodológico son injustificadas, mientras que los verdaderos puntos de interés no se suelen señalar – específicamente, el desplazamiento epistemológico del positivismo al pragmatismo. Tal como lo indica Yela (1996, p. 171), "todos mantienen el conductismo de Watson y todos lo depuran".

c. Estatuto epistemológico del conductismo

En la literatura especializada hay quienes consideran imposible caracterizar epistemológicamente al conductismo, en tanto esta no es una tradición homogénea. Pero quienes se adentran en este debate optan, excluyentemente, por una comprensión pragmatista o positivista. Además se ha realizado la sugerencia de una epistemología conductista *sui generis* (Chiesa, 1994). Esto ha promovido una guerra de etiquetas entre quienes quieren desembarazarse del positivismo y aquellos que buscan rechazar los

efectos demasiado permisivos del pragmatismo. Este modo de enfocar la situación es erróneo pues, aunque el conductismo sea una escuela heterogénea, comparte temáticas comunes tales como la orientación al control de la conducta, la investigación experimental y la asimilación entre conocimiento verdadero y efectivo (Peña, 2010). Además, la conjunción entre positivismo y pragmatismo no sólo está en el seno de la teoría watsoniana, sino en las ideas de otros conductistas. Sin ánimo de ser exhaustivo, este apartado final mostrará cómo las intenciones de purificar la epistemología doble es una discusión sin salida, en tanto cada postura apela sólo a rasgos parciales y no la totalidad del conductismo.

Quizá el ejemplo más claro de lo fatuo de tal debate sea la controversial obra de Smith (1986), donde se invierte la tesis de Skinner y asimila la teoría watsoniana con el pragmatismo y a los neoconductistas con el positivismo lógico. Smith comenta que la migración de los miembros del Círculo de Viena a los Estados Unidos influyó notoriamente en el trabajo de Hull (1951) y Tolman (1949), quienes desarrollaron una teoría que admitía elementos mediacionales – biológicos o cognitivos – buscando acercarse a una teoría del significado. Skinner, ferviente seguidor de Russell, perdió el interés en el neopositivismo cuando el filósofo británico se demarcó a su vez del Círculo de Viena. En todo caso, la temprana obra de Skinner *Verbal behavior* (1957) aún muestra cierto influjo de las ideas del positivismo lógico sobre el lenguaje.¹⁵ En esta historia de reciprocidades intelectuales, se recuerda que el conductismo metodológico de Watson es previo al Círculo de Viena y al operacionalismo de Bridgman (1945), por lo cual no es posible sostener una influencia de los segundos sobre el primero. La obra de Smith concluye que el conductismo era pragmatista en sus orígenes (Watson), luego adoptó algo de positivismo lógico (Hull y Tolman) y al final retornó al pragmatismo (Skinner).

Las críticas a esta historia del conductismo no se hicieron esperar, e incluso el mismo Smith tomó un giro opuesto cuando publicó un artículo señalando que el programa conductista no tiene conexión lógica ni histórica con el neopositivismo (O'Donohue & Smith, 1992).¹⁶ Aquí se ofrece una precisión importante: la concepción de ciencia que tenía Watson era más bien fidedigna al canon positivista de Comte y la ética experimental de Bacon, mientras que hay diferencias importantes con el proyecto de psicología fisicalista de Carnap (1935). ¿Qué hace que los comentaristas absoluten estas semejanzas o las descarten de entrada? Según O'Donohue y Smith, quienes insisten en la matriz positivista del conductismo lo hacen en reacción a las teorías cognitivo-comportamentales que aceptan una buena medida de inferencias, conceptos y constructos hipotéticos. Y, a su vez, los promotores del conductismo pragmatista son quienes consideran reduccionista el análisis exclusivo de la conducta motora.

¹⁵ Skinner elogió la fina reconstrucción histórica de la obra de Smith. Sin embargo, menciona que él se vio influenciado por el pragmatismo Quine y el empirismo de Mach, y no por los positivistas. Ya en este punto, la cuestión se trata más de credenciales intelectuales que de propuestas teóricas, lo cual ensombrece la discusión.

¹⁶ El debate suscitado por Smith muestra de un modo bastante claro cómo los conductistas se encuentran divididos respecto a qué marco filosófico adoptar entre positivismo y pragmatismo. Pero aun más importante, exhibe que ven inviable la conjunción de ambos. Mi postura es, precisamente, que este desplazamiento epistémico no sólo es valioso sino que retrata de un modo más preciso el modo en que el programa de investigación evoluciona.

Cerrando estas fuertes controversias, Smith (1993) vuelve a cambiar de postura al evaluar las premisas transversales a todas las formas de conductismo. Menciona que, al desarrollarse la tradición a mediados del siglo XX, las posturas empezaron a radicalizarse hacia el positivismo o el pragmatismo. Ambas doctrinas filosóficas comparten una cosmología naturalista de base, aunque también tienen diferencias insalvables – principalmente la posibilidad de hacer ciencia a partir de inferencias y suposiciones. Smith sugiere que quizá sea mejor superar la angustia epistemológica y aceptar que la existencia de múltiples criterios científicos dinamiza las investigaciones futuras (Feyerabend, 1975). Así, la tensión epistemológica entre positivismo y pragmatismo no vendría a ser problemática, sino beneficiosa para el conductismo en particular y la psicología en general. Esto no sólo reivindicaría, de forma indirecta, las ideas de Watson, sino que permite ver los hilos conductores que hay entre él y muchos otros conductistas, haciendo de esta escuela una tradición mucho menos fragmentaria de lo que se cree.

De hecho, tal posición ya había sido anticipada por Zuriff (1985), quien tampoco considera la dualidad epistemológica como una contradicción, sino más bien como la yuxtaposición de una ontología positivista – sólo existen los fenómenos individuales – con una metodología pragmatista – es posible inferir los eventos privados a partir de los públicos. Zuriff comenta que esta comprensión holista no es muy clara para la mayoría de los psicólogos, ya que “como científicos prácticos, los conductistas no están interesados en los problemas filosóficos [...]. Sus enunciados usualmente revelan ambigüedades, contradicciones y cambios graduales” (Zuriff, 1985, p. 4). En esta perspectiva, positivismo y pragmatismo son los dos polos de un espectro por el cual se mueve fluidamente el programa de investigación en totalidad: “al proveer una dosis de pragmatismo, el conductismo abandona el criterio positivista de qué es filosóficamente verdadero y se pregunta qué resulta biológicamente útil” (Zuriff, 1985, p. 262). Estas ideas son tan reveladoras como refrescantes, pues en vez de seguir oponiendo sub-modelos dentro del conductismo entre sí, los logra integrar.

Buscando el origen de esta yuxtaposición epistemológica, Zuriff remite a la teoría de Watson diciendo:

La decisión del conductismo metodológico de excluir la fisiología interna está basada parcialmente en el miedo de que teorizar sobre procesos no-observados devenga en especulación, la invención de entidades ficticias y un interés excesivo en mecanismos internos que, por razones prácticas, no pueden ser usados para la predicción y el control de la conducta (Zuriff, 1985, p. 264).¹⁷

Así, esta conjunción epistemológica resulta necesaria para que el conductismo aborde los eventos privados. Si sólo fuera positivista, el conductismo se habría separado de la psicología y se habrían constituido dos disciplinas diferentes: una que examine el exterior del organismo y otra enfocada en lo ‘propiamente psicológico’, tal como había augurado Titchener (1914). Por otra parte, si el pragmatismo fuera único rector del conductismo, este terminaría siendo sólo una psicología cognitiva de corte funcionalista,

¹⁷ En este sentido, Watson rechaza tanto la perspectiva morfológica como la mentalista. Puesto que la mente no es una función especial de las estructuras fisiológicas, los eventos privados deben estudiarse como conductas motoras.

la cual es la crítica de los post-skinnerianos a las teorías de Hull y Tolman (Chiesa, 1994). En otras palabras, el pragmatismo le posibilita a Watson ir más allá de lo que el positivismo le permite y, a su vez, este último es garante de que la búsqueda de los eventos privados no vaya demasiado lejos en el terreno de las hipótesis teóricas (Zuriff, 1985). Esto se ve especialmente claro en el estudio de la conducta verbal, pero la híbrida epistemología positivista-pragmatista es parte del conductismo metodológico y varias de las diversas propuestas que de allí partieron.

4. Conclusión

El conductismo siempre ha clamado para sí la consigna de ser el programa que más ha trabajado para que la psicología se ajuste a los criterios de las ciencias naturales. Sin embargo, en materia de historia de su propia tradición y de análisis epistemológico, la mayoría de la literatura existente deja bastante que desear. Concebir la epistemología positivista como excluyente de la pragmatista sólo aumenta las fragmentaciones que hay en este enfoque, a la vez que contribuye al examen parcial de algunos autores. En este sentido, reconstruir la obra de Watson permite ver varios puntos críticos que son comunes a toda la psicología comportamental. Puntualmente, el acudir a una metodología experimental, bastante útil al momento de investigar el aprendizaje, resultó no ser la más diáfana ante los procesos del lenguaje y el pensamiento. Ante tal coyuntura, el padre del conductismo realizó un desplazamiento epistemológico, complementando su inicial doctrina positivista con una buena dosis de pragmatismo. Sólo una revisión histórica detallada y una comprensión más amplia de sus articulaciones epistemológicas permiten asir a cabalidad esta imagen del conductismo metodológico. Este artículo procuró realizar unos primeros pasos en tal dirección.

5. Referencias

- Allport, G.W. (1937). *Personality: A psychological interpretation*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.
- Ardila, R. (2013). Los orígenes del conductismo, Watson y el manifiesto conductista de 1913. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 3, 315–319.
- Bachelard, G. (1934/1981). *El nuevo espíritu científico*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Nueva Jersey: Englewood Cliffs.
- Brewer, C.L. (1991). Perspectives on John B. Watson. En G.A. Kimble, M. Wertheimer, & C.L. White (eds.), *Portraits of pioneers in psychology*. Nueva York: Taylor & Francis Groups.
- Bridgman, P.W. (1945). Some general principles of operational analysis. *Psychological Review*, 52, 246–249.
- Burnham, J.C. (1968). On the origins of behaviorism. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 4, 143–151.
- Carnap, R. (1935/1996). *Philosophy and logical syntax*. Bristol: Thoemmes.

- Chiesa, M. (1994). *Radical behaviorism: The philosophy and the science*. Boston: Authors Cooperative, Inc.
- Clavijo, A. (2006). *Más allá del fantasma en la máquina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Danziger, K. (1990). *Constructing the subject*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Feyerabend, P. (1975). *Against method: Outline of an anarchistic theory of knowledge*. Nueva York: Verso Books.
- Fuentes, J.B. (2011). El conductismo en la historia de la psicología: una crítica de la filosofía del conductismo radical. *Psychologia Latina*, 2(2), 144–157.
- González, M.I. (1993). El conductismo watsoniano y la polémica herencia-ambiente. *Psicothema*, 5(1), 111–123.
- González, M.I. (2009). El sueño de la razón: la utopía del conductista. *Athenea Digital*, 15, 181–192.
- Guthrie, E.R. (1950). The status of systematic psychology. *American Psychologist*, 5, 97–101.
- Hart, K.E. & Kritsonis, W.A. (2006). A critical analysis of John B. Watson's original writing: "Behaviorism as a behaviorist views it" (1913). *National Forum of Applied Educational Research Journal*, 19(3), 1–6.
- Hebb, D.O. (1980). *Essay on mind*. Hillsdale: Erlbaum.
- Hull, C.L. (1951). *Essentials of behavior*. Nueva Haven: Yale University Press.
- Hurtado, C. (2006). El conductismo y algunas implicaciones de lo que implica ser conductista hoy. *Revista Diversitas – Perspectivas en Psicología*, 2(2), 321–328.
- James, W. (1890/1994). *Principios de psicología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kantor, J.R. (1958). *Interbehavioral psychology*. Bloomington: Principia Press.
- Kitchener, R.F. (2004). Bertrand Russell's flirtation with behaviorism. *Behavior and Philosophy*, 32, 273–291.
- Mead, G.H. (1922). A behavioristic account of the significant symbol. *Journal of Philosophy*, 19, 157–163.
- Moore, J. (1981). On mentalism, methodological behaviorism, and radical behaviorism. *Behaviorism*, 9(1), 55–77.
- Moore, J. (1989). Why methodological behaviorism is mentalistic. *Theoretical and Philosophical Psychology*, 9(2), 20–27.
- Mzckenzie, B.D. (1977). *Behaviorism and the limits of scientific method*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- O'Donohue, W., & Smith, L.D. (1992). Philosophical and psychological epistemologies in behaviorism and behavior therapy. *Behavior Therapy*, 23, 173–194.
- Pavlov, I.P. (1906). The scientific investigation of the physical faculties or process in the higher animals. *Science*, 24, 613–619.

- Pellón, R. (2012). Watson, Skinner y algunas disputas dentro del conductismo. *Revista Colombiana de Psicología*, 22(2), 389–399.
- Peña, T. (2010). ¿Es viable el conductismo en el siglo XXI? *Liberabit*, 16(2), 125–130.
- Peña, T. (2014). El legado del Manifiesto conductista: 100 años después. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 32(1), 1–3.
- Pérez, R., & Peña, T. (2011). El supuesto de la continuidad conductual entre especies y la comprensión de la conducta humana. *Suma Psicológica*, 18(1), 17–34.
- Piaget, J. (1936/1969). *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. Madrid: Aguilar.
- Plazas, E.A. (2006). B.F. Skinner: la búsqueda del orden en la conducta voluntaria. *Universitas Psychologica*, 5(2), 371–383.
- Polanco, F. (2010). Enfoques cronológico y analítico de la historia de la psicología conductista. *Revista Psiencia*, 2(1), 47–53.
- Posso, A. (2018). Aspectos ontológicos y epistémicos en el conductismo de B.F. Skinner. *Cuadrante Phi*, 31, 57–67.
- Raikos, R.F. (2013). El “Manifiesto Conductista” de 1913 de John B. Watson: preparando el escenario para el legado del conductismo en la acción social. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 39(2), 99–118.
- Romero, C.A. (2012). Fundamentos epistemológicos del conductismo: de la casualidad moderna hacia el pragmatismo. *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología*, 5(2), 41–48.
- Ruíz, M.A., Díaz, M.I., & Villalobos, A. (2012). *Manual de técnicas de intervención cognitivo-conductuales*. Bilbao: DDB.
- Russell, B. (1927). *An outline of philosophy*. Londres: Routledge.
- Sierra, H. (1986). La noción de sujeto en Bertrand Russell. *Ideas y Valores*, 35(71–72), 107–121.
- Skinner, B.F. (1951). *Science and human behavior*. Cambridge: B.F. Skinner Foundation.
- Skinner, B.F. (1957). *Verbal behavior*. Cambridge: B.F. Skinner Foundation.
- Skinner, B.F. (1959). John B. Watson, behaviorist. *Science*, 129, 197–198.
- Skinner, B.F. (1974). *On behaviorism*. Cambridge: B.F. Skinner Foundation.
- Smith, L.D. (1986). *Behaviorism and logical positivism: A reassessment of the alliance*. Stanford: Stanford University Press.
- Smith, L.D. (1993). Making sense of epistemological pluralism. *New Ideas in Psychology*, 11(2), 179–191.
- Smith, S., & Guthrie, E.R. (1921). *General psychology in terms of behavior*. Nueva York: Appleton.
- Thorndike, E.L. (1898). Animal intelligence: An experimental study of the associative process in animals. *Psychological Review Monographs Supplements*, 2, 1–8.
- Thorndike, E.L. (1911). *Animal intelligence: experimental studies*. Nueva York: MacMillan.
- Titchener, E.B. (1910). *A text-book of psychology*. Nueva York: Macmillan Company.

- Titchener, E.B. (1914). On "Psychology as the behaviorist vies it". *Proceedings of the American Philosophical Society*, 53, 1–17.
- Tolman, E. (1949). There is more than one kind of learning. *Psychological Review*, 56(3), 144–155.
- Watson, J.B. (1907). Studying the mind of animals. *The World Today*, 12, 421–426.
- Watson, J.B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20, 158–177.
- Watson, J.B. (1916). Behavior and the concept of mental disease. *Journal of Philosophy, Psychology, and Scientific Methods*, 13, 589–597.
- Watson, J.B., & Rayner, R. (1920a). Conditioned emotional reactions. *Journal of Experimental Psychology*, 3, 1–14.
- Watson, J.B. (1920b). Is thinking merely the action of language mechanisms? *British Journal of Psychology*, 11, 87–104.
- Watson, J.B. (1928). *Psychological care of the infant and the child*. Nueva York: W.W. Norton & Company.
- Watson, J.B. (1929). The modern note in psychology. En W. McDougall, & J.B. Watson (eds.), *Battle of Behaviorism an exposition and an exposure*. Nueva York: W.W. Norton & Company.
- Watson, J.B. (1930). *Behaviorism*. Chicago: Chicago University Press.
- Wozniak, R.H. (1997). Behaviorism. En W.G. Bringmann, H.E. Luck, R. Miller, & C.E. Early (eds.), *A pictorial history of psychology*. Chicago: Quintessence.
- Wundt, W.M. (1874/2010). *Principles of physiological psychology*. Charlestone: Nabu Press.
- Yela, M. (1996). La evolución del conductismo. *Psicothema*, 8, 165–186.
- Zuriff, G.E. (1985). *Behaviorism: A conceptual reconstruction*. Nueva York: Columbia University Press.